

han fallecido bajo el pontificado actual. Monseñor Desprez fué el primer cardenal creado por León XIII.

El Sagrado Colegio se compone de 70 cardenales; pero al presente no cuenta sino 61 miembros de los cuales 52 han sido creados por León XIII. Los Eminentísimos Monaco, Oreglia, Parochi, Hohenlohe, Bonaparte, Ledochowski, Benavides, Canossa y Mertel, recibieron el capelo de manos de Pío IX.

Los cardenales extranjeros están repartidos así:

5 franceses, 4 austriacos, 6 alemanes, 3 españoles, 2 portugueses, 2 ingleses, 1 belga, 1 norte-americano, 1 canadiense y un australiano.

25 cardenales viven habitualmente en Roma: 21 italianos y cuatro extranjeros; 36 viven en sus respectivas diócesis: 13 italianos y 23 extranjeros.

De los cardenales vivientes, 34 son italianos, 27 extranjeros. De estos últimos, los 4 que viven en Roma son: los Eminentísimos Hohenlohe, Ledochowsky, Melchers y Steinhuber, todos de nacionalidad alemana. El cardenal Bonaparte, aunque francés, es considerado como italiano.

3 cardenales tienen de 40 á 50 años: 10, de 50 á 60; 25, de 60 á 70; 17, de 70 á 80; 6, de 80 á 90.

El más joven de los miembros del Sagrado Colegio es el cardenal Stampa, arzobispo de Bolonia, que nació el 23 de Junio de 1851; el más viejo es el cardenal Mertel, que nació el 9 de Febrero de 1796.

*La Verité*, para calificar la actual persecución contra el catolicismo por medio de la enseñanza, recuerda las siguientes frases de Renan: "Si Marco Aurelio, en vez de mover contra los cristianos las cadenas y los leones hubiese echado mano de la escuela de instrucción primaria y de la enseñanza racionalista, hubiera impedido al mundo que rindiese la cerviz al cristianismo."

### IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Habiendo ido Federico II de Prusia con su hermano Enrique á ver un convento de la Silesia, antes de salir de allí preguntó al Padre Guardián si tenía alguna gracia que pedirle.

—Si, Señor,—respondió el fraile,—de todo corazón ruego á V. M. que me conceda la facultad de poder admitir en mi convento dos novicios cada año, no obstante la ley que lo prohíbe.

—Os lo concedo—respondió el Emperador,—y aún por esta primera vez quiero yo mismo mandaros los dos novicios que vais á admitir.

Y volviéndose entonces á su hermano le dijo en francés, creyendo que el fraile no le entendería:

—Le mandarè dos asnos á este estúpido.

Pero el Guardián que era muy docto y había entendido bien la bribonada del monarca, añadió entonces:

Puesto que V.M. ha sido tan generoso, me atrevo á pedirle todavía otra gracia, y es que me permita poner á los dos novicios que ha de mandarme, al uno el nombre de S. M. y al otro el de su imperial hermano.

Los dos personajes reales se miraron sorprendidos. Habían ido por lana resultando trasquilados.

Dios mío, todo en el mundo me enseña á amarte, pero ninguna cosa más que cuando te veo clavado en la Cruz.

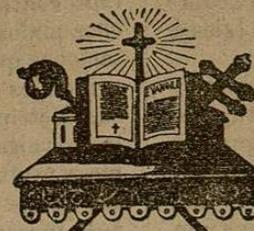
### Defuncion.

El día 17 del corriente falleció en esta Ciudad el Sr. Pbro. D. Adrian Lascano, Capellan de Coro de la Catedral.

R. I. P

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruoco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1895.

NUM 9.

## SECCION I.

Carta de Su Santidad

A LOS

OBISPOS PORTUGUESES.

Habiendo indicado en nuestra carta del año de 1891 que los Obispos portugueses debieran celebrar reuniones para tratar de asuntos de sus diócesis y proveer de comun acuerdo á sus necesidades, nos alegramos de ver que nuestro propósito se ha realizado. Y no fué poco en verdad el contento que recibimos con vuestros actos y desvelos, pues mayor fué todavía al contemplar las ventajas que de las reuniones celebradas se derivaron, á saber, aumentar la concordia entre todos, allegar nuevos estímulos á la verdad y fijarse en las proposiciones que han de dirigirse al gobierno de los Estados, en pro de los intereses de la Religión y de la Iglesia.

Sobre ser estos hechos dignos de alabanza, son causa de que Nos felicitemos con vosotros por las últimas reuniones

que celebrasteis en Lisboa, donde no sólo tratasteis con gran acierto de la administración de las cosas eclesiásticas y de la enseñanza de la doctrina cristiana en las escuelas, sino que también resolvisteis sustentar públicamente en las Camaras de los Pares y de los diputados, lo que interesa á la libertad y á los derechos de la Iglesia.

Y de aquí procedió el despertarse en las mismas Cámaras el celo de algunos católicos para proveer únicamente al bien de ambas sociedades religiosa y civil, extinguidas todas las cuestiones y manteniendo el respeto á las autoridades constituidas.

Muchas veces inculcamos tales propósitos y con el mayor encarecimiento los aconsejamos para que mediante los esfuerzos de los católicos de todas las clases de la sociedad y el favor de las autoridades que gobiernan las naciones, se establezca la concordia deseada entre los poderes eclesiástico y civil, y pueda la nación portuguesa volver á su antiguo lustre. Y á fin de que la acción de los católicos sea fructuosa, es preciso que todos obedezcan á los Obispos y no se aparten del camino que les muestren. Como sagrado deben mirar este precepto los directores de los periódicos para que nunca se atrevan á llamar á su propio tribunal y menos á censurar los intentos y los actos de los Obispos, y de esta suerte no sufra menos-

pureza de afectos, sino inhabilidad para lo que se relaciona con Dios, inequidad para lo que atañe al bien de la sociedad.

La sociedad estriba en la comunicacion de ideas útiles, pero el hombre sin educacion es incapaz de un acto de entendimiento de esta clase; por decirlo así, no tiene ideas. No tiene idea de leyes, y por eso no las observa; no prospera, porque no es capaz de un esfuerzo mental; sólo es apto para trabajos de fuerza bruta, como el animal: es el mayor enemigo de la sociedad. Ignora la historia del pasado, lo presente no lo entiende, lo futuro no lo adivina. Está como estaríamos nosotros si derrepente olvidáramos todo lo que hemos aprendido. ¿Puede darse mayor desdicha que esta suma ignorancia?

Mas si hay individuos de quienes la sociedad tiene poco ó nada bueno que esperar y mucho malo que temer, si hay sujetos que hagan temblar á los gobiernos y á las naciones, son esos hombres profundamente ignorantes, es esa clase que fué abandonada en la infancia y en la juventud, son esos individuos que crecieron sin instruccion ninguna, sin desarrollo en sus almas, en sus corazones, en sus entendimientos. Estos son ordinariamente los que vemos de cuando en cuando lanzarse á la calle como verdaderas furias, con ojos centellantes y las blasfemias en los labios; éstos los que derraman torrentes de sangre inocente; éstos los que de ordinario promueven las revoluciones sociales; éstos los enemigos de la sociedad, como lo están palpando las naciones de Europa. Justo castigo de Dios, el que se levanten contra la sociedad aquellos mismos quienes la sociedad abandonó, y quizás pervirtió en su niñez y en su juventud. Por eso los gobiernos de Europa, los filósofos y los estadistas, como aquel que está viendo cernerse la tempestad sobre su cabeza, claman hoy pidiendo á voz en cuello instruccion, ilustracion para el pueblo; pero tambien la pide la Iglesia y tiene para ello sobrada razon.

El hombre ignorante, no es solamente inepto para la sociedad, sino que lo es

para la Iglesia; porque la Iglesia descansa en conocimientos, su alma es la fé, y fé que no sólo se inclina ante Dios, sino que entendiendo lo que Dios dejó revelado á la Iglesia, la Iglesia lo propone, sabe hacer de ello la norma de todas las acciones de la vida. La fé, pues, es esencialmente y ante todo un acto del entendimiento; la voluntad puede mandar al entendimiento á que se someta y crea, pero el acto principal de la fé es un acto del entendimiento. Si atendemos tambien á muchos de los deberes que la Iglesia impone, hallaremos que para cumplir con ellos se necesita un entendimiento bien educado. Porque debemos orar, y por lo tanto conocer á Dios, conocer nuestras necesidades, saber levantar el corazón á Dios; porque todo eso es orar y levantar útilmente el alma á Dios. Debemos confesarnos, y por consiguiente hay que saber la ley de Dios, conocer nuestros pecados, saber los motivos del verdadero dolor. Debemos saber los sacramentos que vamos á recibir, las disposiciones necesarias para recibirlos bien y los efectos que causan en el alma. Si pues el mundo pide instruccion, pide educacion, la Iglesia las pide con mayor fuerza de razon.

Pero ¿cual es la instruccion que pide el mundo? La instruccion sin religion. Los niños, dicen algunos, pueden saber muchas cosas independientes de la Religion: para enseñar y aprender historia, filosofía, geología, matemáticas y otras materias, para nada absolutamente se necesita contar con Dios. ¿Qué quieren decir con esto? ¿qué se prescinda de la enseñanza de Dios? El principio es absurdo en sí mismo; pretender enseñar las ciencias humanas sin contar con Dios, es pretender un imposible. ¿Quien es por ejemplo, el que puede enseñar historia prescindiendo de Dios? El primero y principal pasaje de la historia es el siguiente: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra.* (Gen. c. I. v. 1.) ¿Cómo tendría, pues, que expresarse un profesor de historia ante sus discipulos el primer día de cátedra en que comenzase á ense-

ñar esta asignatura? Se veria obligado á producirse en estos ó semejantes términos: Voy á enseñaros historia, pero no puedo empezar desde el principio de ella, porque allí encontramos á Dios, y á Dios no se le permite en este lugar. ¿Cómo podrán enseñar filosofía sin contar con Dios esos hombres que injustamente se atribuyen el honroso título de filósofos? Siendo la filosofía el conocimiento claro de las razones últimas de las cosas adquiridas con las fuerzas naturales de la humana inteligencia, ó bien, la ciencia que por los efectos trata de investigar las mismas causas, el filósofo verdadero tiene que partir de la existencia de la primera causa, y esa primera causa es Dios: y sin embargo, la filosofía que excluye á Dios, tiene que comenzar por la segunda causa. Si al empezar á enseñar á un niño la aritmética, el profesor le dijese: Vamos á principiar por el número dos, no hay número uno; objetaría desde luego el niño, diciendo: ¿Pues qué? ¿no es el número dos la suma de uno mas uno? ¿Cómo puede pues haber número dos sin el número uno sumado? ¿Quién puede enseñar tambien el alfabeto prescindiendo de la letra A y comenzando por la letra B? Tan desatinada y loca es la pretension de los que quieren enseñar filosofía sin contar con Dios. Y en esas disquisiciones acerca de la tierra, de su superficie y de su suelo, ¿es posible excluir á Dios y hacer caso omiso de la mano divina? No, no es posible tampoco enseñar geología prescindiendo de Dios; y si lo intentan, no lograrían otra cosa que poner de manifiesto su incredulidad y su infidelidad. Por consiguiente, aun en la enseñanza de las ciencias humanas, es imposible prescindir de Dios; siempre hay que venir á caer en la primera verdad, en la fuente de toda verdad, en la causa de toda certeza, y esa verdad es Dios.

Para no incurrir en tales aberraciones en extremos tan monstruosos y errores tan lamentables, conviene fijarse en el significado de la palabra educacion. Educar, es dar á luz, desarrollar, hacer sa-

lir lo que hay en la inteligencia del educando, es decir, todas las facultades, todo el poder y fuerza de su alma, la fuerza y poder que ha de necesitar cuando se encuentre en el estado y ejercicio de su virilidad. Porque el niño que se educa hoy, ha de ser el hombre de mañana. Ahora bien; en el alma humane existen dos clases ó sistemas de fuerza y de poder, ambas necesarias al hombre, ambas obrando é influyendo en su vida, y son la inteligencia y el corazón. La inteligencia debe cultivarse y educarse, pero al mismo tiempo es necesario educar el corazón, porque hay en él afecciones, hay voluntad, y como la instruccion de que hemos hablado es necesaria para el entendimiento, así la emoción de la gracia es necesaria para el corazón y la voluntad. Por mas que se suministren al educando todas las formas de conocimientos, por más que desarrolléis todas las facultades y fuerza de su inteligencia, por más que con el trabajo y la constancia logréis que no ignore cosa alguna en la carrera de la ciencia, que nada se le oculte en todos los ramos del saber humano; si no cuidáis de su corazón, si no educáis su espíritu, si no os fijáis en sus afecciones, no le habréis educado sino á medias, habréis dejado una obra manca é incompleta; ¿qué decimos imperfecta y manca? Habréis faltado á la parte más sustancial de lo que constituye una verdadera educacion.

Con esos solos conocimientos que ha adquirido el educando, es inutil quererle exigir el cumplimiento de sus deberes morales, inutil el que doblegue y rinda su voluntad al entendimiento, inútil el intentar reducirle á que ponga en práctica lo que debe poner, porque no estará dispuesto á sujetar sus pasiones desarregladas. ¿Qué se consigue entonces con ilustrar sólo el entendimiento del educando? Formar un monstruo intelectual y á su vez un monstruo moral. ¿Qué se conseguirá en el espacio de veinte años de un niño de seis meses en quien todo el crecimiento y desarrollo durante ese

largo periodo si se hubiese circunscrito solamente á la cabeza, quedando fijo y sin desarroyo alguno en el resto del cuerpo? Una cabeza de gigante unida á un cuerpo sumamente pequeño: un monstruo. Desarróyese cuanto se quiera la inteligencia, procúrese que los educandos adquieran toda clase de conocimientos; si no se purifican sus afectos, no se endereza su voluntad, no se educa su corazón, no se tendrán más que monstruos intelectuales y al mismo tiempo monstruos morales.

La ciencia tiene una fuerza maravillosa, un poder estupendo; pero á todo poder criado es menester ponerle límite, es preciso restringirlo; de lo contrario, no solo dejará de ser útil, si no que resultará perjudicial, devastador, destructor; dejad al trioso corsel sin freno que le detenga, dejad á la máquina de vapor sin la mano del maquinista que le dirija y gobierne, las consecuencias serán desastrosas. Pues bien; á esa clase de educandos, al darles ciencia, al suministrarles conocimientos, se les ha dado fuerza, poder; pero no se les ha dado un sólo principio que restrinja que regularice ese poder, á fin de que puedan hacer uso de él de una manera justa. Por consiguiente, esos educandos serán perversos, sensuales, insensibles, crueles, feroces; y esto en el mismo grado en que se logró hacerlos instruidos é ilustrados. Tal es el resultado práctico que está dando la enseñanza sin Dios en algunos establecimientos europeos; y no puede menos de suceder así. Por eso, padres de familia, os vale más, mucho más, tener hijos que sepan algo menos de estudios, pero que sean religiosos, obedientes, respetuosos y honrados, que no hijos muy sabios, y que sean ímpios, depravados, soberbios é ingratos; y mucha más cuenta tiene á la misma sociedad recibir de las familias ciudadanos sin letras, pero religiosos y honrados, que no con una vasta instrucción científica, pero orgullosos, soberbios, corrompidos, fraudulentos, malvados é incrédulos. Sí, porque la instrucción separada de la religión, abre y fa-

cilita á los jóvenes el camino del mal, por que faltando la fé, que es la que enseña á hacer el buen uso de la ciencia, á dirigirla al fin para el cual fue destinada por Dios, que es el bien del individuo y provecho de la sociedad, la ciencia se convierte en una arma terrible en manos de un asesino. Es, pues, claro, evidente, palpable, que los defensores de la enseñanza sin Dios, podrán instruir á la juventud, pero no e lucarla, ilustrarán los entendimientos, pero no formarán los corazones.

Sólo la Iglesia puede y sabe dar á sus hijos una educación y enseñanza sólida y verdadera, tal cual la necesita el hombre; porque á ella confió Dios esa misión: *Euntes docete omnes gentes*: enseñad vosotros á todas las gentes. La Iglesia es madre de las almas, en sus manos puso Dios los intereses eternos de los hombres, y ama y desea su bien temporal y espiritual infinitamente más que todos los partidarios y defensores de la instrucción puramente mundana; y á efecto de ese amor, procura, con el mayor empeño ilustrar los entendimientos y formar los corazones de sus hijos. No hay en el educando fuerza ni facultad intelectual, moral, espiritual, que la Iglesia no pueda y sepa desarrollar y conducir á la mayor perfección. ¿Exige el educando para su inteligencia conocimientos humanos, muchos conocimientos, toda clase de conocimientos? La Iglesia satisface á esta exigencia de un modo superabundante y no teme la competencia en todos los ramos del saber; porque ella va siempre á la cabeza de la instrucción y de la educación, y esto lo confiesan sus mismos adversarios que quieren ser imparciales. La Iglesia está plenamente convencida y lo vé todos los días por experiencia, que cuanto mayores fueren los conocimientos que adquieran los educandos, tanto mayor s son las garantías que les ofrecen de tener en ellos verdaderos y fervientes católicos, por ser eminentemente ilustrados. No teme la Iglesia á los sabios eminentes sino á las medianías, no á la mucha sino á la poca ciencia.

Pero la Iglesia sabe que el corazón del

niño necesita educación; que es preciso dirigir sus afecciones, que es necesario purificar sus pasiones, que se le hagan familiares las alegrías del cielo antes de que se familiarice con las de la tierra; que es menester presentarle objetos cuya belleza espiritual cautive sus ojos y su corazón, ántes de que se revele y descubra á su corazón el misterio de iniquidad que hay en el mundo; que debe procurar mezclar en sus diversiones y estudios los elementos de devoción y de religión; que si el mundo y la sociedad están necesitados de hombres verdaderamente ilustrados, lo están mucho más de sujetos honestos, honrados, rectos y magnánimos; y que la ciencia, cuando no está acompañada de la gracia, es para el individuo y para la sociedad una maldición más bien que una bendición. Como no quisieron admitir á Dios entre sus conocimientos, dice San Pablo (Rom. I, 28), Dios los entregó á un réprobo sentido.

La Iglesia, pues, con su sistema de enseñanza desarrolla todas las facultades del educando, suministra á su inteligencia toda clase de conocimientos, dirige y purifica los afectos de su corazón, le enseña y acostumbra á doblegar su voluntad, en una palabra, instruye y educa al mismo tiempo á sus hijos. ¡Ah! bien lo saben los adversarios, bien comprenden que educada la juventud por esta madre cariñosa, les es como imposible inducirlos al error, llevándolos tras sí con sus sofismas y engaños. Por eso los enemigos de toda religión positiva, y sobre todo de la única verdadera, trabajaron tanto por apoderarse de la juventud, en Europa sobre todo, á fin de pervertir á mansalva las inteligencias y corromper los corazones; desde que lograron sus depravados intentos no han cesado de inculcar á los jóvenes los absurdos más monstruosos é inconcebibles, que rechazarla seguramente la razón ó el simple buen sentido de un infiel, únicamente para oponerlos desvergonzadamente á la verdad revelada, que odian y rechazan á sabiendas; siendo o peor, lo más triste y doloroso, el resul-

tado que han obtenido sus doctrinas de no pocos incautos. Arrastrado por este medio en pos de sí un crecido número de jóvenes católicos y envolviéndolos en un torbellino de contradicciones, lograron con facilidad pasmosa que cerrasen los ojos á los radiantes resplandores de la fé, y siguiendo por tan tortuosas y tenebrosas sendas á tan pérfidos conductores, han ido rodando de precipicio en precipicio, de despeñadero en despeñadero, hasta caer en el abismo verdaderamente insondable de no hacer caso ya de la razón misma. Esto es lo que desde largos años acá ha venido sucediendo en varias naciones, esto lo que está pasando todavía en la actualidad, en no pocas de ellas, y por lo mismo es necesario que nosotros vivamos prevenidos.

Sí, padres y jefes de familia, es necesario que esteis preparados á detener el empuje de ese desbordado torrente de errores y de vicios, que amenaza con arrastrar á vuestros hijos á la eterna perdición por medio de una enseñanza sin Dios; es menester servir de todos los medios posibles para contrarrestar esas terribles corrientes de malas doctrinas, á fin de evitar sus tristes y desastrosos resultados en vuestros hijos, en la familia y en la sociedad; es preciso que eduquéis cristianamente á vuestros hijos, único medio eficaz y resultado seguro de librarlos de los estragos profundos producidos ya y que produce todos los días en otras partes ese virus maléfico de las almas. La instrucción religiosa y la educación sólidamente cristiana se van olvidando de una manera lastimosa; pero el olvido de tan sagrado deber, por no decir criminal abandono, no disculpa á los padres y jefes de familia ni ante Dios ni ante el buen sentido de la sociedad.

Y si en todos tiempos fué deber de los padres de familia el instruir á sus hijos en la religión, ese deber es hoy más riguroso, más apremiante, más ineludible en virtud de las circunstancias. En otros tiempos podían tranquilizarse respecto del cumplimiento de esta obligación con

cabó el poder de estos ni su influencia á causa de la discordia de los fieles, sino que, postergados los intereses particulares, trabajen todos en favor de la Iglesia y de la patria.

Entre tanto, movidos del amor paternal que profesamos al pueblo portugués, pedimos á Dios con todo fervor que nos conceda esta gracia para vosotros, amados Hijos y venerables Hermanos, así como sobre vuestro clero y fieles; como á todos mandamos nuestra Bendición Apostólica, prenda de paz y de todo género de prosperidades.

Dado en Roma, junto á la Basílica de San Pedro á 7 de Febrero de 1895, año 17 de nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.

SECCION III.—VARIEDADES.

La Educacion de la niñez

Y DE LA

JUVENTUD.

Pastoral del Ilmo. Señor Gillow, Arzobispo de Antequera.

¿Fili tibi sunt? erudi illos. Eccl. VII, 25.  
¿Tienes hijos? Adóctrinalos.

I

Venerables Hermanos y amados Hijos:

Si la educación de la niñez y de la juventud fué siempre y en todas partes tarea laboriosa y difícil, en la época presente, quizá más que en ninguna otra, es empresa erizada de dificultades, llena de cuidados é inquietudes, colmada de a-

marguras y sinsabores. Porque todo parece haberse unido de consuno, todo conjurado contra la pobre juventud. Los muchos malos ejemplos que se ven y conversaciones que se oyen: las ideas falsas, los principios erróneos, las impías y heréticas doctrinas que se exponen y propalan; las novelas, libros y folletos que con pasmosa profusión se difunden; las asechanzas que se ponen y lazos que se tienden á la inocencia y á la virtud, los esfuerzos finalmente que se hacen para pervertir las inteligencias y corromper los corazones de los jóvenes, son males tan graves, tan devastadores y funestos, que de no procurar contrarrestarlos, de no ponerles un dique robusto que los contenga, ó tomar medidas para disminuir siquiera la impetuosidad de esas corrientes asoladoras, acabarán por desarraigar de sus entendimientos la fé católica y destruir los principios de la moral cristiana. Es, pues, preciso obviar todos estos males, es necesario atajar y contener, en cuanto fuere posible, ese desbordado torrente que inunda, oprime y abruma á la juventud y amenaza sumergirla en el abismo de toda miseria. Pero ¿de qué medio valernos para conseguirlo? De la instrucción religiosa, de la educación sólida y verdaderamente cristiana, de la educación que á sus hijos suministra la Iglesia Católica. Este es el medio eficaz para cegar tantos manantiales de vicios y de desórdenes; esta la manera de secar y cicatrizar, en cuanto es posible, las presentes llagas sociales, este el resorte que se debe mover para una regeneración cristiana: la instrucción y la educación de la juventud. Sí, porque los males que deploramos, provienen en su mayor parte de la falta de instrucción y de educación: de la ignorancia.

El hombre, es cierto, conociendo el bien, puede, sin embargo, abusando de su libertad, obrar el mal; pero cuando el bien no es conocido, cuando se carece de la instrucción necesaria, entónces el vicio adquiere proporciones gigantescas y llega á ser como connatural al hombre

por estar privado de todo freno que le contenga, y la virtud, como cosa desconocida, dejada de practicar. Por eso la ignorancia es una de las mayores desdichas que le pueden venir al hombre en este mundo. Así nos lo hace saber el Espíritu Santo en la Escritura divina y la razón misma lo confirma. Porque el hombre faltó absolutamente de instrucción, ¿cómo podrá amar á quien no conoce? ¿Cómo cumplirá con los deberes que Dios le impuso? ¿Qué concepto formará de todo lo divino, sobrenatural y eterno? Ignorando su procedencia y su fin, ¿qué cuenta tendrá con aquel Dios omnipotente que le ha impuesto la obligación de conseguirlo? No tendrá ni convicción íntima de que vino al mundo para conquistarse un fin noble y eterno; su inteligencia privada de toda ilustración, permanecerá en una atonía lamentable, y se dejará llevar de las extravagancias de un entendimiento engañado, ó será arrastrado por los viciosos instintos de un corazón corrompido, caerá en la ceguera de creer en las gratuitas afirmaciones que halagan los sentidos, y no teniendo idea de su dignidad, pondrá los ojos en la tierra mirándola como el fin único de sus aspiraciones. El hombre, dice la Escritura Santa, constituido en honor, no tuvo discernimiento, se ha igualado con los irracionales, y se ha hecho semejante á ellos. El hombre no se distingue de las bestias por la fuerza, ni la perfección de sus sentidos, porque hay animales que le llevan ventaja en estas cosas. La superioridad del hombre está en su inteligencia, que puede conocer, en su corazón, que puede amar por motivos intelectuales, en su voluntad, que guiada é ilustrada por el entendimiento, puede obrar con libertad. No es simplemente la facultad de conocer, sino el conocimiento actual presente, lo que honra y distingue al hombre de los irracionales, ni es la facultad de amar, porque si ese amor es movido y excitado exclusivamente por la sensualidad, solicitado únicamente por los senti-

dos, no es entónces amor humano que eleve al hombre, sino un amor que le degrada y envilece un instinto brutal; ni es tampoco la voluntad la que por su nobleza natural diferencia más al hombre de los brutos, sino que es la voluntad que conserva su dignidad, la voluntad libre del dominio y esclavitud de las pasiones, la voluntad que secunda pronta y heroicamente lo que le dicta la razón ilustrada, elevada y santa. ¿Y qué se sigue de esta doctrina? ¿Qué consecuencia se desprende de ella? Que si dejáis al hombre en supina y profunda ignorancia, en la nesciencia absoluta, si lo priváis enteramente de toda instrucción, que es la primera base de la educación, sino desarrolláis en fin sus facultades, no le educáis, habéis hecho todo lo posible para que perezca, habéis como aniquilado la parte más elevada de su alma y empequeñecido el poder de su espíritu, habéis dejado á esa alma en la imbecilidad, en la impotencia, en el desamparo y abandono de su infancia natural, intelectual y espiritual; le dejáis en estado de animal bruto. Ahora bien, en semejante situación ¿cómo podrá influir en los afectos de su corazón por motivos elevados de amor? Destituido el hombre de toda ilustración, no amará segun lo que le dicte la razón, dirigiendo su amor á un objeto intelectual, sino que seguirá el instinto de los brutos, buscando la satisfacción de sus deseos en la parte bestial de sus propios sentidos. Y ¿qué viene á ser entónces de la voluntad, de esa voluntad que Dios crió libre y que fué por El destinada á ejercer su libertad bajo el dictamen de la razón? Que queda privada en esa clase de individuos de su propio director, que es el entendimiento ilustrado; y por lo tanto, esa voluntad es juguete de pasiones bajas, de las inclinaciones depravadas de la naturaleza viciada y corrompida. No debe por consiguiente, extrañarnos el que en el hombre completamente ignorante no veamos alteza de pensamientos, ni elevación de ideas, ni